

UN LUGAR DONDE CAERME VIVO

Leonel Alvarado*

La vida sin Mongolia

Uno cumple 50, 60 años y sabe tan poco de Mongolia. Algo ha oído de sus estepas, de sus caballos, de sus tiendas levantadas en llanuras donde abunda el pasto.

Uno es prueba de que para vivir no es necesario saber de las mongolias donde galopan caballos ignorados y se enrollan las tiendas para llevar el ganado a pastar a otra parte.

Nada nos dicen esos caballos, si es que existen, que esas tiendas sean por otros habitadas y ese ganado se coma el pasto que otros sueñen.

Uno se resigna a saber poco de Mongolia. No siente su ausencia entre ascensores, tráfico y pantallas. Suena la alarma pero uno despierta lejos de Mongolia.

Tantos años de no vivir en Mongolia son prueba de todo lo perdido, de los caballos que nunca galoparon nuestros sueños, de las tiendas que nunca levantamos para llevar la vida a pastar a otra parte.

* Poeta de Honduras nacido en San Jerónimo, Copán.

Este no fue el cuerpo

Mi padre entraba a la hora de la comida
y extendía su cicatriz sobre la mesa.

El hambre venía con sus bocas
a beber de esa cicatriz, a morderle las orillas.

Nada de decir “Este es mi cuerpo” pero hubo
sudores, espalda quebrada sobre la tierra.

Para alimentar nuestra infancia se hizo
ese cuerpo, para que bebiéramos de esa cicatriz.

Qué dulces fueron esos sudores y qué triste
la espalda quebrada sobre la tierra.

Esto de la tristeza lo supimos después,
cuando la cicatriz no daba más.

Un día hubo hora de la comida pero no padre.
Fuimos hijos abandonados de esos sudores.

La orfandad se reunió alrededor de la mesa
y el hambre fue, para siempre, nuestra cicatriz.

A Foreign Affair

Veo en Medellín el nombre de la agencia
“más amiga, seria y responsable de toda Colombia”,

la que exporta amores para el que la vida
dejó de lado: el viudo que le teme a la soledad

o ha postergado alguna fantasía, el que siempre
vivió con su madre y cuando la siente morir

le teme a su viudez, el que no puede con el peso
del atardecer entre el ganado, hace cuentas y ve

que bien puede pagarse compañía. No hay en toda
Colombia, dice el anuncio, mejor remedio

para esas soledades y no hay manera más fiable
de exportar consuelos a Miami, Idaho o Alaska.

En el aeropuerto espera el agente. En la van,
rumbo al hotel, despliega el paquete de bienvenida

con el catálogo de muchachitas, madres solteras,
mujeres que la vida también dejó de lado

y que se juegan el futuro en una pose
entre recatada e insinuante. El de Idaho o Alaska

no se irá solo de Medellín; vino a salir de su viudez
y una muchachita o una madre soltera empacará

sus ansias para irse lejos a ofrecer consuelo.
Esta agencia seria y responsable les cumple

las fantasías a dos que pagan, cada uno
a su manera, el precio de este amor.

La soledad es

La soledad es los otros
—alguien se da vuelta en la cama y su espalda
ya no tiene la forma de nuestros deseos—

y la ausencia de los otros
—alguien sale de la casa, que ya vuelve, dice,
que la esperen para siempre jamás.